

# Comunidad: Perspectiva bíblica

Sergio Rosell

## Introducción

El título de este ciclo de conferencias, «Comunidad: oportunidad y peligro», puede a primera vista parecer tendencioso, inclinado desde su origen a una perspectiva de tensión aderezada con un regusto de crítica típico de los profesores de teología. Este elemento puede alentar sentimientos distintos: el «onerse del lado» de la persona que reconoce las limitaciones –a veces exasperantes– de nuestras comunidades de fe en aspectos básicos de su práctica, y por ende harta de repetir que «así no se va a ninguna parte», o el de hacer surgir consabidas reticencias y reparos por parte del que tiene en mente que los profesores de teología son expertos en teoría pero poco o nada saben de la práctica. Espero que en esta primera conferencia estos posibles recelos queden de alguna manera solventados, no tanto por la mayor o menor calidad académica de la misma, sino porque el espíritu con se ha escrito pueda transmitirse a la audiencia con moderada precisión. No se trata de estar al lado o contra nadie, sino de que la verdad del evangelio llegue a transformarnos como comunidad de fe que *ya* somos.

A menudo se comenta acerca de cuál sería *el tipo* de comunidad *bíblica* que habría que *aplicar* al día de hoy según se refleja en las páginas del Nuevo Testamento. Esta pregunta es de por sí errada al menos en dos puntos:

- Se asume en primer lugar que hay **un** modelo tipo en las escrituras, es decir una voz unívoca y no una pluralidad de ellas, y
- Se asume que la transferencia del «entonces» al «ahora» es directa y tiene poco que ver con el contexto actual.

Por muy bien intencionada que sea la búsqueda, la respuesta es complicada y desde luego más abierta. No hay un modelo unívoco de comunidad sino que desde el principio ha habido una variedad de ellos, todos «bíblicos» (es decir fieles a los principios del evangelio, aunque también con sus debilidades y limitaciones) y tratando de ser consecuentes con el contexto socio-cultural en el que les ha tocado vivir y ser luz (Fil 2,15). 'Bíblicas' son muchas cosas, pero lo que aquí se pretende hacer es ir un paso más allá, hacia lo *genuinamente cristiano*. No buscamos sin más que sea *bíblico* (p.e., «las mujeres callen en la congregación») —

que se encuentre avalado por algún texto del NT— ya que podemos encontrar muchas y variadas estructuras, sino lo que refleja más elocuente y verdaderamente el espíritu de las buenas noticias de Jesús el Cristo.

## I. Acercamiento al tema de la interpretación bíblica

Cuenta Stephen C. Barton que en un congreso de *Novi Testamenti Societas* en Birmingham en 1997, el grupo de debate se había reunido para tratar el tema de la «Ética del Nuevo Testamento», y que en la tercera sesión del seminario se estaba estudiando a fondo la cuestión de la mancomunidad en el libro de los Hechos. El grupo se preguntaba si Theissen estaba en lo cierto al discernir una clara influencia helenista o si por el contrario, como proponían otros, se trataba de una influencia esenia. A renglón seguido los especialistas trataron la percepción lucana de la comunidad cristiana como cumplimiento del ideal sabático del Deuteronomio de la eliminación de la pobreza; la supuesta importancia de que las «señales y sanidades» parezcan rodear la actividad de estos primeros cristianos, etc. No fue hasta que faltaban diez minutos para concluir la sesión cuando una persona —malintencionada sin duda— hizo la siguiente pregunta que todos habían tratado, con éxito hasta ese momento, de evitar: «¿cómo extrapolar las normas y principios de la narrativa lucana?». El grupo se quedó helado. Una cosa es teorizar acerca de la génesis del texto, de su contexto histórico y social, de su adaptación al momento por medio de su redacción, etc., pero ninguno de los presentes tenía competencia suficiente para decir de veras cuál era el significado profundo de esa mancomunidad al no pertenecer ninguno de ellos a comunidades ya inmersas en esta práctica<sup>1</sup>.

De manera que esa tendencia a resaltar y rescatar normas y principios lucanos (por poner un ejemplo) en ideales universales, se torna más en una práctica que lejos de tratar de apropiarse del texto, parece querer neutralizarlo<sup>2</sup>. En un contexto distinto, pero también pertinente a nuestro tema, escribe Thomas Mer-

<sup>1</sup> Stephen C. Barton, *Life Together. Family, Sexuality and Community in the New Testament and Today*, Edinburgh/New York, T & T Clark, 2001, 245.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, 246.

ton que «[a]l afirmar que, como lectores, podemos sentirnos escandalizados por la Biblia, no estoy tratando de decir que tengamos que dejar de lado nuestra inteligencia. La Biblia puede resultar difícil y problemática, y en este sentido puede suponer un desafío para nuestra inteligencia, pero nunca una afrenta<sup>3</sup>».

Desde hace unas décadas se viene observando un esfuerzo por acercarse al texto bíblico y su interpretación desde propuestas nuevas en las que se quiere romper con el consabido «acuerdo entre caballeros», si se me permite la expresión, de que hay que mantener separados el conocimiento como lo que pertenece a la esfera de lo público, y la fe, que pertenece a la de lo privado. Podríamos también hablar del significado como lo objetivo y la verdad (o su significado «para hoy») como lo puramente subjetivo<sup>4</sup>. De hecho esta es una práctica muy común en los estudios bíblicos hoy en día. Una cosa es el estudio del texto: su génesis, arqueología, historia literaria, etc., y otra bien distinta es ver (si acaso) qué tiene que ver con nosotros hoy día. En el mundo anglosajón se ha acuñado el término *engaged hermeneutics* (algo así como «hermenéutica comprometida» o «de compromiso») a la variedad que trata de discernir las posibles aplicaciones del texto a la sociedad que lee el texto de nuevo. Muy lejos nos hemos ido si tenemos que recuperar la *esencia* de la interpretación bíblica por medio de semejantes cuños.

La analogía que algunos han propuesto como nueva vía de acercamiento al texto es conocida como *Performance*, que la asemeja a la *interpretación* de una obra musical, pongamos, de Beethoven. En este caso lo importante no es sólo la agudeza y fidelidad técnicas, que podrían resultar «secas» si no van acompañadas de sentimiento y pasión, y que ya no centra sólo en el director, la orquesta y la partitura, sino que tiene en mente a la audiencia. Se crea entre estos distintos elementos una comunicación inigualable, irreplicable, donde se premia la *fidelidad creativa*. Hasta aquí la analogía funciona más o menos, pero hay un momento en que ésta se vuelve insuficiente. Se puede caer fácilmente en la «eventualidad» del momento, es decir que lo que se ha hecho es «interpretar», «tocar» una pieza musical, o como se diría en inglés, «jugarla» (*to play it*). La escritura, sin embargo, llama a algo más profundo: a la transformación de vida; a vivir de un modo íntegro las veinticuatro horas del día siete días a la semana. La estética del momento no puede paralizar el proceso de transformación intenso que este acerca-

<sup>3</sup> Thomas Merton, *Leer la Biblia. Una gran aventura espiritual*, Barcelona, Oniro, 1999, 12-3.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, 224.

miento tiene como meta última de la interpretación. Por esto se ha propuesto un ejemplo más claro que haga justicia a este acercamiento. En este caso se ha elegido un texto como el de la Constitución americana, con su sentido de «enactment», es decir, de cumplimiento, de puesta en práctica para que se verifique el contenido y espíritu de lo expresado<sup>5</sup>.

Esta forma de leer el texto bíblico «...will be a culture also characterized by *risk, struggle and new found freedom*, because there is no scientific method to guarantee assured results when the goal is human transformation by authentic performance»<sup>6</sup>. Y de nuevo volvemos a Merton: «La afirmación básica de la Biblia acerca de la palabra de Dios no se refiere, pues, al hecho de que el creyente deba aceptarla ciegamente en virtud de la autoridad divina, sino a la circunstancia de ser una palabra *reconocible por su poder transformador y liberador*<sup>7</sup>».

Quizás de forma rápida, pero necesaria, es importante resaltar que si queremos conocer a fondo el significado de lo que es la perspectiva bíblica de la comunidad cristiana, tenemos que ser parte de la misma. Y no sólo parte, sino implicados hasta que nos duela experimentar lo que el texto ya anunciaba. No se trata de «jugar a interpretar» si no de vivir para comprender y gustar<sup>8</sup>.

## II. Comunidad, una perspectiva bíblica-creyente

Al hablar de la comunidad se ha de partir por defecto del Antiguo Testamento. Como bien dice Donald Senior, «No fue necesario que Jesús fundara una iglesia, porque ya existía en la comunidad de Israel. Dios estaba ya forjando un pueblo, dándole un destino y

<sup>5</sup> *Ibíd.*, 229.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, 248. «...dará a luz una cultura caracterizada por el riesgo, la lucha y una nueva forma de libertad, ya que no existe un método científico que garantice los resultados cuando la meta es la transformación humana a través de una interpretación auténtica».

<sup>7</sup> Merton, 18.

<sup>8</sup> Durante el encuentro tuvimos oportunidad de repasar ciertos puntos de la ponencia con los asistentes. Una crítica que se hizo a esta presentación es la afirmación (cito de memoria) de que 'sólo puede conocerse a fondo el mensaje comunitario del NT si se está dentro de la comunidad'. Ciertamente que las demandas de Jesús se pueden conocer y valorar sin ser parte de su grupo (y por ello mismo rechazarlas, por su radicalismo o por estar en contra de ellas). A lo que yo me refiero es que según me involucro en el objeto, así lo conozco. Podemos teorizar acerca de lo que significa ser comunidad, pero a menos que la vivamos (al nivel que sea) no descubriremos áreas y matices que permanecen ocultos al mero espectador.

sacándole de la muerte para llevarle a la vida<sup>9</sup>. Y lo cierto es que la comunidad cristiana primitiva se comprende a sí misma muy pronto como la *ekklesia tou theou* (Flp 3,6; Gál 1,13), derivada del *qahal Yahve* con el que Israel es designado en el AT como pueblo de Dios congregado para el culto. Es muy probable que fuera el grupo helenista el responsable de esta designación con lo que se quisiera enfatizar no sólo continuidad si no de discontinuidad con la historia anterior debido su fuerte énfasis en la ley<sup>10</sup>. «La comunidad primitiva adoptó con la mayor naturalidad títulos del pueblo de Dios en el antiguo testamento y se los aplicó a sí misma y a sus miembros<sup>11</sup>». De esta manera la comunidad recibe el título de «los santos» (Rom 15, 23; 1 Co 8,4, etc.), «los elegidos» (Mc 13,20), con lo que se expresa una conciencia de representar al pueblo escatológico de Dios<sup>12</sup>.

Esta conciencia de ser pueblo de Dios lleva a la comunidad cristiana a una práctica de vida que, en mi opinión, se puede resumir en los siguientes puntos que son *imprescindibles* y *básicos* para cualquier comunidad cristiana que quiera ser fiel al mensaje de Jesús. Son características que se solapan, que no son independientes unas de otras, pero por mor de la claridad se presentan en distintos apartados.

Como ya hemos comentado existen muchas formas de comunidad, o mejor dicho, *la comunidad puede adquirir muchas formas*, pero estos elementos son imprescindibles. Dentro de cada uno de los apartados, y tratando de ser fiel al título de esta serie de conferencia, expondré tanto las *oportunidades* como los *peligros* inherentes a ellos.

### A. Una comunidad que anuncia el reino de Dios.

Se trata de hacer visible en el aquí y el ahora el mensaje del reino de Dios. Esto lo hace la comunidad de manera espontánea, impelida por el Espíritu Santo. Lejos de referirse a una ideología que hay que planificar minuciosamente, este anuncio del reino es la con-

<sup>9</sup> Donald Senior, «Encontrando las huellas de Dios en el camino iniciado en la Biblia», (traducción adaptada del original inglés publicado en *Church*, Summer 1999), <http://www.cisoc.cl/html/nov01.htm> (14/10/2005).

<sup>10</sup> No es tema de esta conferencia entrar en una discusión detallada de este interesante tópico. Pare ello referimos al lector a Ludger Schenke, *La comunidad primitiva*, Salamanca, Sígueme, 1999, en especial a su capítulo 5.

<sup>11</sup> Schenke, *La comunidad primitiva*, 126.

<sup>12</sup> Lohfink, *La iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana* (3ª ed.), Bilbao, Desclée de Brouwer, 1998, 87-88.

creción actual e histórica en la vida de sus súbditos. La soberanía de Dios se refleja en la vida de los miembros de la comunidad, en su solidaridad, su énfasis en la fraternidad de hermanos y hermanas, donde sobra todo título de poder y autoridad (Mc 10,29)<sup>13</sup>. «La fraternidad surge en la historia allí donde el Espíritu de Dios elimina la lógica de Adán y todas sus consecuencias personales y sociales<sup>14</sup>».

La vida en comunidad que nos propone el libro de los Hechos, aunque un tanto idealizada, como en todo relato de los comienzos, surge de esta nueva realidad que nace y se reproduce en el corazón de las personas y que se concreta en la vida diaria. Lejos de ser una conversión interna e individualista el reino de Dios hace que la pequeña semilla se transforme en un gran árbol. La necesidad de reunirse por las casas (Hch 2,46; cf. Mc 14,12-16), compartir no sólo la tradición/enseñanza de los apóstoles, sino el comer, surgen de esta conversión a lo nuevo que sin embargo, esta en continuidad con la práctica de Jesús<sup>15</sup>.

Un estudio del término *koinôn* («común», de ahí «compartir», «común-unión», etc.) y derivados nos muestra que la idea de *compartir* no era nueva, sino que tenía un gran arraigo en el mundo heleno. Pitágoras reconoce un orden cósmico que se refleja en el orden humano. En ese estado primigenio no existía propiedad privada. Platón consideraba la propiedad privada como raíz de todo mal ya que lleva indefectiblemente al deseo egoísta de poseer más: la avaricia (*pleonexía*)<sup>16</sup>, aunque experimentó en carne propia la dificultad de llevarlo a cabo en su propia vida. De esta manera concluye que sólo dios y los hijos de los dioses pueden vivir en esta comunidad de bienes, esposas e hijos (*Leg.*, V, 739d.). Aristóteles toma una postura más realista e individualista y analiza los peligros de llevar a cabo la propuesta de Platón (*Pol.*, II, 2, 1261a). «No puede existir la imposición de la comunidad y la unidad en el estado; sino que se debe llevar a cabo por medio de la educación» (*Pol.*, II, 5, 1263).

Es con los cínicos que las propuestas de Platón encuentran base en la naturaleza. El cínico Crates afirma que «entre amigos todo es común». El estoicismo toma una vía más moderada y permite así la propiedad

<sup>13</sup> Para un interesante comentario de este verso, G. Lohfink, *La iglesia que Jesús quería*, 51s.

<sup>14</sup> Antonio González, *Reinado de Dios e imperio. Ensayo de teología social*, Santander, Sal Térrea, 2003, 200.

<sup>15</sup> Cf. Hechos 4,32 y Lucas 8,1-3.

<sup>16</sup> Friederich Hauck, «Koinós...» *Theological Dictionary of the New Testament*, vol. III, Gerhard Kittel (ed.), Grand Rapids, Eermands, 1989, 792.

privada. Los neopitagóricos buscan la libertad interna que les permite «no poseer nada y aún así ser dueños de todo»<sup>17</sup>.

La comunidad cristiana, que tenía ejemplos concretos de mancomunidad provenientes tanto del mundo heleno como del judaísmo (esenios, *therapeutae*, aunque éstos vivían como comunidad con el propósito del estudio piadoso de la escritura), vive su práctica como resultado del soplo del Espíritu Santo (Hch 2). No es un movimiento económico en el sentido de que sea una economía de tipo comunista, tampoco es legal en el sentido de una socialización constitucional de la propiedad, y tampoco es filosófico en el sentido de imitación del orden natural de las cosas, como ocurre con los cínicos<sup>18</sup>. Como afirma Hauck, el verbo *ζαλεγειν* («nadie decía ser suyo...» Hch 4,32) contiene un «subjective sense of fellowship»<sup>19</sup>.

La *oportunidad* que se ofrece a la iglesia es la de una posibilidad de vida más solidaria, contraria al flujo individualista y de poder que se ha erigido en modelo de convivencia, al menos en gran parte del mundo occidental. Este idealismo necesario es oportunidad, norte al que mirar y hacia el que caminar. Todo lo que sea construir en esa dirección (solidaridad, renuncia a la violencia, al individualismo ególatra, etc.) es estar en la senda cristiana, guiados por el mismo Espíritu que impelió a los primeros discípulos. En ella la iglesia se reconoce como tal, como mensajera de las buenas nuevas de que el Reino está entre nosotros<sup>20</sup>.

Este ideal de comunidad se convierte en *peligro* cuando entra el desánimo, cuando no se ha medido bien el precio de tal empresa (Lc 14,28) y se olvida que comunidad es también dedicación y trabajo arduos, pues es luchar contra el egolátrico yo que se quiere imponer a toda costa. También cuando el ideal no deja reconocer la realidad, pero ese es tema que aún hemos de tratar.

## B. Fraternidad inclusiva.

Identificarse como pueblo de Dios no libra de elitismos y etnocentrismos. La historia de la primitiva iglesia es buen ejemplo de ello. A los que acusan a Lucas-Hechos de excesivo triunfalismo hay que recordarles la inclusión de pericopas donde se acentúa la limitación humana de la comunidad (Hch 5,1-11; 6,1).

<sup>17</sup> Esta afirmación de Filostrato se parece mucho a la que encontramos en 2 Corintios 6,10.

<sup>18</sup> Hauck, «*Koinós...*», 796.

<sup>19</sup> *Ibíd.*

<sup>20</sup> Lohfink, *La iglesia*, 65-6.

En ellas se recoge el duro aprendizaje que la comunidad del Espíritu tiene que llevar a cabo en su vivencia diaria. Esa comunidad tiene que estar abierta a todos y todas, pues no hay exclusividad para con Dios. La comunión de mesa es uno de los elementos más desconcertantes para el lector actual que se acerca al texto de los Hechos. Pues la «forma de comer vincula con el propio cuerpo y con su historia»<sup>21</sup>. Tenemos claros ejemplos de esta cercana relación entre comida y valores étnicos, históricos y religiosos en el libro de Levítico (código de santidad), el mandamiento de celebración de la Pascua judía (el simbolismo de cada plato), el libro de Daniel (los jóvenes que no se mancillan con la comida extranjera), a las cartas paulinas (Romanos 14, 1 Corintios 8, etc.)<sup>22</sup>. En la comunión de mesa, por su forma de comer, es donde Israel se identifica como diferente del resto. Es su forma de separarse de entre los pueblos y es justamente ahí, en el centro simbólico de su valor, donde el Espíritu de Dios viene a abrir y transformar los conceptos. Los capítulos 10 y 11 del libro de los Hechos no expresan tanto la conversión del temeroso de Dios y gentil Cornelio como la conversión de Pedro (y por ende el comienzo de la conversión de la iglesia de Jerusalén) a la visión inclusiva del Reino de Dios.

Creo que es importante resaltar un pequeño detalle en el relato del capítulo 11, justo después de que Pedro haya calmado las preguntas de la asamblea (Hch 11,19-21): «Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin hablar a nadie la palabra, sino solo a los judíos. Pero había entre ellos unos de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor.»

Es casi irónico pensar que mientras las grandes cabezas pensantes del movimiento de Jesús ubicados en Jerusalén disputaban acerca de la conveniencia o no de la inclusión de los gentiles en la comunidad de fe,

<sup>21</sup> Rafael Aguirre, *La mesa compartida. Estudios del Nuevo Testamento desde las ciencias sociales*, Santander, Sal Térrea, 1994, 27.

<sup>22</sup> Recientemente (septiembre de 2005) se emitió un documental en la 2 de TVE en que se hablaba de los cambios dietéticos en la población de los países en vías de desarrollo como consecuencia de su mayor poder económico. Un padre de familia chino entrevistado hablaba con orgullo cómo su hija en edad de contraer matrimonio había engordado considerablemente a causa de su mejora en estatus social, lo que le permitía ahora acercarse al mundo de los restaurantes de comida rápida. ¡Incluso comer «comida basura» se ha convertido en un símbolo de prosperidad económica y social! «Dime qué comes y te diré quién eres».

los «don nadies», aquellos de quienes ni siquiera conocemos su nombre, misioneros anónimos, fueron los primeros en entender que «Dios no hace distinción de personas». De alguna manera Dios tenía ya guardado un «plan B» en caso de que la comunidad de Jerusalén no afrontara la realidad con una buena dosis de riesgo.

La *oportunidad* es crear una comunidad abierta que acoge a aquellos que la sociedad no suele acoger con gusto. No es extraño pues que en nuestras comunidades tengamos personas con problemas sociales importantes, debilidades y carencias profundas. La comunidad es oportunidad de vida para el marginado y oportunidad para los cristianos de conocer y relacionarse con las personas de manera más profunda<sup>23</sup>. Es oportunidad de crear una sociedad alternativa que se verifica en el día a día. G. Lohfink acertadamente apunta a otro término que fortalece el sentido de comunidad de una forma diferente a *koinonía*, que en ocasiones puede entenderse de forma excesivamente estructural. Se trata de la expresión de reciprocidad *allêlôn* («unos a otros»)<sup>24</sup>. De esta reciprocidad deviene el concepto de edificación (*oikodomein*) que tan popular se ha hecho en el mundo pietista, donde se ha cultivado de forma más individualista. Sin embargo en las cartas paulinas esta terminología se refiere al conjunto de la comunidad que de esta forma se convierte, ella toda, en responsable de que este ideal se lleva adelante. Se podría ahondar mucho más en todo este entramado, pero me imagino que las siguientes conferencias construirán sobre este tema desde puntos de vista más teológicos y pastorales por lo que huelga alargarnos aquí.

Un *peligro* es diluirnos por ese afán de querer llegar a todos. Entonces no anunciaríamos ya un mensaje renovador, si no que la iglesia se vuelve un equipo de atención primaria o como si de un departamento de ofertas religiosas se tratara, especializada en el área de la soledad y la depresión<sup>25</sup>. Se trata de una *vivencia comunitaria de transformación*, no de un servicio a domicilio. La comunidad de fe no puede regalarle a la persona aquello que no le pertenece: la salvación, el perdón, la reconciliación con Dios, pero si puede crear el espacio adecuado para que la persona tenga ese en-

<sup>23</sup> Lejos de ser una entelequia, no hay más que echar un vistazo a las profundas reflexiones de Henri J. M. Nouwen, *En el nombre de Jesús y El sanador herido* para darse cuenta de que una comunidad que no acompaña al herido y aprende de él es incapaz de un diálogo veraz con Dios en oración (*En el nombre de Jesús*, 25ss.).

<sup>24</sup> Lohfink, *La iglesia*, 110s.

<sup>25</sup> Lohfink, *La iglesia*, 12.

cuentro con el Dios perdonador que habita en medio de su pueblo por medio de su Espíritu.

### C. Comunidad teológica.

No se trata sólo una práctica social o grupo de auto-ayuda, se trata de una comunidad que estudia y se abre a las escrituras, que es fiel a la doctrina. No se aferra a ésta como si su vida dependiese de su fidelidad a la letra, sino que se esfuerza por vivir de manera consecuente lo que entiende a la luz de su estudio y práctica cotidiana con la ayuda del Espíritu que las ha dado hábito. Hace además un esfuerzo por entender el mundo y la sociedad que le rodean para así servir al prójimo de manera más efectiva. Una comunidad que «escucha» y reflexiona más que habla.

Es una comunidad que se reúne alrededor de la *doctrina* y los *símbolos* que dan sentido a su praxis y ortodoxia. Se trata por tanto de una comunidad que celebra a la vez que escudriña, estudia las escrituras (Hch 2,42.46), que se caracteriza por la alegría, pues sabe en quién ha depositado su confianza (Flp 1,6; 2 Tim 1,12). Se trata de una comunidad que se abre a su influencia y se convierte a su Autor a medida que entiende más el mensaje de la escritura. La escritura no es en último lugar un cuerpo de doctrina que hay que guardar y defender a toda costa, sino la guía que nos acerca más al corazón de Dios mediada por su Espíritu santo.

La *oportunidad* es que la comunidad sea relevante a la sociedad que dice querer servir. Conocer sus escrituras está fuertemente unido a conocer la problemática humana pues ellas dan testimonio de cuán frágil y orgulloso es el ser humano, pero que afortunadamente hay solución a este dilema. La oportunidad es para la comunidad el escuchar sin dar respuestas precocinadas. Es verse reflejada en las páginas de la escritura y celebrar al mismo tiempo su salvación por medio de los símbolos de liberación. Es por ello que la Palabra está tanto en medio de la comunidad como *frente* a ella.

El *peligro* es encerrarse en su propio mundo, tratando de resolver los problemas del mundo sin pringarse de lodo. Una comunidad así no se ha ganado el respeto de la sociedad a hablar ni tampoco representa el ideal cristiano de encarnación<sup>26</sup>. Se trataría de que-

<sup>26</sup> En el año 260, cuando la peste se cebó con Alejandría, su obispo Dionisio escribió una carta que recoge Eusebio en su *Historia Eclesiástica* VII, 22 en la que se habla de la ejemplar actuación de los cristianos que acogían a los moribundos, en ocasiones hasta padecer y morir ellos mismos a causa de las enfermedad contraída, mientras que los paganos echaban de casa incluso a sus allegados contagiados con tal de no verse ellos mismos en peligro. En VII,

rer ser «santa» a toda costa, incluso a costa del hermano o hermana moribundos, pero esa santidad ya ha perdido su carácter transformador y de contagio. La sal ha perdido su sabor y sus propiedades, aunque de lejos aún parece sal.

#### D. Comunidad escatológica.

Se trata de una comunidad que espera la consumación final pero que no se queda perdida en la nada en el *interim*. «La espera escatológica de la comunidad primitiva fue una auténtica espera del futuro; pero este futuro era tan inminente que podían sentirse sus efectos, que determinaban el presente.<sup>27</sup>» El paso de los siglos puede que haya atenuado el celo original, pero la comunidad de hoy no puede asentarse en esta sociedad de tal manera que pierda de vista la alternativa de vida que ha de propugnar. Conoce y experimenta la realidad del conocido *sanctus et peccator* y por ello se aplica a la hora de tratar con sus miembros y los de afuera donde ejerce una «divina paciencia». Se sabe en camino, pero aún no completa en su práctica y expresión y es por ello que actúa con humildad y una dosis de modestia. Quizás necesitamos más de este mensaje y no tomarnos a nosotros mismos tan en serio. Esta falta de capacidad de reírse de uno mismo puede que sea una de las razones por la que la comunidad cristiana en ocasiones no está abierta a aprender de los que no son sus miembros.

Cuando la comunidad pierde de vista su valor temporal, no absoluto, es cuando sucumbe a la tentación de asentarse por cualquier medio. La esperanza escatológica tiene que mirar al futuro inminente a través del filtro de la cruz de Jesús, sin cuya muerte y resurrección no hubiera sido posible tal esperanza. Los repetidos anuncios de muerte que Jesús hace a sus discípulos en el evangelio de Marcos resaltan una vez más la falta de entendimiento, de «estar en onda» con el maestro (Mc 8,27-35; 9,30-50; 10,32-45). Éstos se quieren asentar, colocar en el poder, mientras que el ejemplo del maestro es otro<sup>28</sup>. El servicio se hace *yendo* (Mt 10,7-8), en seguimiento de Jesús, *cercano* a él. «La conclusión, que se desprende de todo lo dicho, es muy clara: no hay fe donde no hay seguimiento de Jesús; y

22.8 dice: 'Así partieron de esta vida nuestros mejores hermanos. Algunos de ellos eran ancianos y diáconos, o sencillamente gente del pueblo, todos ellos muy apreciados y elogiados, pues este tipo de muerte, por la mucha piedad y poderosa fe que conlleva, en ningún aspecto parece inferior al martirio'.

<sup>27</sup> Schenke, *La comunidad*, 119.

<sup>28</sup> Ver los interesantes comentarios al respecto de R. Aguirre, *Ensayo sobre los orígenes del cristianismo. De la religión política de Jesús a la religión doméstica de Pablo*, Estella, Verbo Divino, 2001, 170-173.

no hay seguimiento de Jesús donde no hay movimiento»<sup>29</sup>.

La *oportunidad* es vivir hoy con la esperanza de un futuro glorioso que condiciona el ahora. La temporalidad de cada uno de nosotros, de la comunidad de fe en sí, frente a la inconmensurabilidad de Dios nos ayuda a poner las cosas en perspectiva y a ser creativos sin temor a equivocarnos. La escatología puede ayudarnos a quitar esas máscaras que intentan que la comunidad de fe sea algo menos que humana y más que divina. El «ya pero todavía no» tiñe de esperanza y humildad a esa comunidad que se dedica al servicio de aquellos que llama a ser partícipes de las promesas de Dios en Cristo Jesús.

El *peligro* es perder el valor de la temporalidad y querer establecerse en el poder terrenal. Es en esos momentos que la comunidad de fe tiene que recuperar la visión de la cruz de Jesús y entender que la victoria sólo viene de mano de una derrota anterior: la del cordero sin mancha como inmolado de pie en medio del trono (Apo 5,6). Si la comunidad pierde de vista que está en tránsito será propensa a absolutizar sus pretensiones.

#### III. Conclusiones

Volvemos de nuevo a la analogía de la interpretación musical. Naturalmente que uno puede disfrutar de una buena pieza musical sin leer música. Pero para disfrutarla más plenamente uno tiene que sentirla y dejarse llevar por ésta. Existe una diferencia abismal entre estar en casa a solas y escuchar una buena grabación a estar en un auditorio y saborear el evento en carne propia junto a otras personas que también participan del evento.

Algunos cuestionaron a Jesús indirectamente en el cuarto evangelio a causa de la doctrina que proponía, siendo él persona sin estudio formal (7,15), a lo que Jesús responde que 'El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la **doctrina** es de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta' (Juan 7,17).

Podemos teorizar y estudiar los textos que nos hablan del significado de «comunidad» hasta quedarnos sin habla, pero lo que propongo es un acercamiento a primera vista más pragmático, pero que de hecho se ajusta a la forma en que conocemos la realidad a nuestro alrededor, esa realidad que nos esculpe y nos hace ser lo que somos día a día. Si de veras queremos

<sup>29</sup> José María Castillo, *El seguimiento de Jesús*, Salamanca, Sígueme, 1998, 20.

acercarnos a los modelos bíblico-cristianos de comunidad, no hay otra manera de hacerlo que arriesgándonos a vivir esa comunidad en el día a día, experimentado en carne lo que los textos anuncian a viva voz. Conoceremos en la medida en que estemos dispuestos a ser parte de esa comunidad imperfecta que sin embargo me hace hueco y que ya ha sido santificada por Dios. Conoceremos tanto como estemos dispuestos a darnos, pues en ésta, como en tantas otras situaciones de la vida, no existe fórmula mágica alguna, sino la de la entrega y renuncia totales.

Una advertencia más. Sea cual fuere el modelo de comunidad que queremos llevar a cabo debemos estar atentos a estas sabias palabras<sup>30</sup>:

*Los que aman su sueño de comunidad más que a la misma comunidad llegan a ser destructores de la comunidad.*

---

<sup>30</sup> D. Senior al comentar acerca de la advertencia de D. Bonhoeffer sobre aquellos que desean vivir una comunidad cristiana basada en sueños irreales, en «Encontrando las huellas...», 9.